

## De regreso

Alex Montiel

Un francotirador guerrillero escondido en la selva miraba hacia el campamento militar en donde tenían capturado a sus compañeros, incluyendo su mejor amigo Ernesto. El cielo estaba cubierto con nubes oscuras. El horror se podía ver en el rostro de los prisioneros cuando los soldados los encaminaron hacia un campo solitario y les ordenaron preparar sus propias tumbas. Los prisioneros excavaban con los fusiles apuntando a sus espaldas, acompañados con insultos y patadas. Rodrigo podía ver la cara de Ernesto, sucia, moreteada y barbuda. Él solo podía verlo con desesperación, estaba acostado boca abajo sin ningún movimiento para no dar su posición clandestina. Era imposible rescatarlos, eso sólo ocurría en las películas de Hollywood. Rodrigo estaba a trescientos metros de su amigo en una loma pero lo podía ver de cerca con la mira de su rifle. Había cuatro soldados armados riéndose, parados alrededor de Ernesto cuando uno de ellos lo levantó por el cuello de su camisa y lo sacó del hoyo que estaban escarbando. Lo llevó al frente de una de las tumbas y lo puso de hinojos con un rodillazo en la espalda. Ernesto levantó su mirada para tener un contacto visual con Rodrigo. Él sabía en dónde se escondía su amigo. Salió la bala por su frente, brotó la sangre en su cara y cayó boca abajo en su tumba

—¡No! ¡No lo maten! —gritó Rodrigo despertando de su pesadilla.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó Natalia, asustada—. ¿El mismo sueño de siempre?

—Sí mujer, cuando mataron a Ernesto —respondió Rodrigo. La guerra le había quitado su inocencia. Soñaba con los acontecimientos de ese día en la selva oscura y salvaje. Lo mismo se repetía en sus sueños, semana tras semana despertaba gritando con un sudor frío y atónito, con la mirada perdida. Su mujer Natalia le entendía, ella ya estaba acostumbrada a escuchar de las memorias que lo perseguían de la guerra revolucionaria. Tal vez era un remordimiento de su conciencia pero lo único que estaba claro era que nunca iba a vivir en paz. Se levantó de su cama, desorientado, y pasó por la sala hasta llegar a la cocina para tomar un vaso de agua fría. Siempre le ayudaba a calmar sus nervios. Mientras bebía, se paró enfrente de la ventanilla sobre la fregadora y miró hacia abajo, a la calle principal. Su departamento estaba en el quinto piso del edificio con un panorama hermoso de la ciudad. Al otro lado de la calle había un parque saturado de borrachos caminando en la acera sin ninguna prisa para llegar a sus casas. Abrazados y cantando sus penas a la noche, una noche hermosa, iluminada por la luna llena. La luna llena le trajo memorias a Rodrigo de su triste pasado, las noches cuando era guerrillero y se quedaba viendo al cielo pensando cómo iba a terminar

su vida.

—La pasé peleando por este maldito gobierno socialista que me sacó la vida como un parásito —se dijo a sí mismo.

Rodrigo era un hombre de treinta y cinco años. Alto, con ojos castaños, de pelo negro y piel morena. Un hombre resentido, hasta cierto punto amargado. Cuando era joven no perdía el tiempo pensando en política, mucho menos en preocuparse en qué ocurría en el mundo, sólo le preocupaba conseguir marihuana y una buena mujer para pasar la noche. A los diecisiete años decidió mudarse con Ernesto a la capital para buscar una vida mejor. Los dos venían del mismo pueblo y eran hijos de campesinos. Ernesto llegó a la capital con intenciones de estudiar en la universidad nacional. Ernesto siempre pensó que esa era la única manera de progresar en un país tan corrupto. Le interesaba estudiar literatura y comercio. Rodrigo sólo quería una nueva aventura, no tenía deseos de ser agricultor como su padre y su abuelo.

La capital era algo que ninguno de los dos se lo esperaba, el ejército patrullaba las calles durante la noche. Se escuchaban rumores de un levantamiento armado en contra de la dictadura del general Romero, que una guerrilla se había formado en la zona rural del país.

—¿Qué piensas de eso, Rodrigo? —preguntó con interés. Deseaba saber lo que pensaba Rodrigo.

—Son puras tonteras, acabamos de venir del monte y no hay nada, ni para matar el aburrimiento—. Los dos amigos consiguieron una habitación en la vecindad Amaru en un área pobre de la capital pero era perfecto para los dos. El vecindario estaba ubicado en la calle Bolívar, que se dirigía a la Universidad Nacional. A Ernesto le quedaba cerca la escuela y a Rodrigo le quedaban cerca las mujeres que iban a estudiar. Aunque eran los mejores amigos en su niñez, cuando eran jóvenes se convirtieron en personas completamente distintas. Ernesto estaba al tanto de lo que ocurría. En la universidad hizo amistades con estudiantes y profesores que se asociaban con el partido comunista. Leyó a Marx y Trotsky, se inspiró en la Revolución cubana, admiraba a Mao, Lenin y Fidel. A Rodrigo no le importaba más que tener dinero para pasear y comer. Sólo pasaba su tiempo viendo la televisión y trabajando.

—¿Por qué no lees uno de estos libros en vez de estar viendo tonterías en la televisión? —le decía Ernesto a Rodrigo, pero la pregunta era inútil.

—Vos sabés que a mí no me importan esas cosas. Todos los políticos son corruptos y sucios. Sólo les importa cómo llenar su bolsillo —respondía Rodrigo.

Ernesto usaba lo poco que tenía para sus estudios y se dedicaba por completo al trabajo, a los estudios y al partido comunista. Su juventud e inocencia lo llevaron a pensar que podía cambiar no sólo su país sino todo Latinoamérica.

Rodrigo miraba a Ernesto como un soñador, alguien a quien él nunca iba a imitar. Pero su mundo cambiaría aquel día desafortunado. Rodrigo madrugó y salió de viaje de la capital con destino a su pueblo. Se subió a un autobús con otros obreros que buscaban llegar a las haciendas en donde se criaron. La situación nacional estaba tensa, el gobierno utilizó una gueffa sucia para reprimir la oposición y la oposición no se limitó a protestas sino también a ataques terroristas. Llevaba regalos que compró para sus padres: un vestido para su madre y un machete para su padre. Estaba emocionado por ver a sus parientes ya que había pasado mucho tiempo sin compartir con ellos. Pero sólo llegó para sufrir una impactante tristeza. La casa de sus

padres era una montaña de cenizas, el cultivo de la hacienda también fue calcinada. El sol estaba cubierto por las nubes y exclusivamente se miraba la parte de arriba que alumbraba el cielo en un rojo brillante. El viento soplaba con pequeñas ráfagas que movían las ramas de los árboles, el único sonido que quebraba el silencio en el campo. Rodrigo quedó paralizado, incrédulo de lo que estaba viendo. El gobierno empezó a utilizar grupos paramilitares para buscar y acabar con la insurgencia clandestina, con secuestros y asesinatos de sospechosos. Lamentablemente, en esta ocasión sus padres eran los sospechosos; tal vez por alguna mala amistad y por un chisme malicioso habían caído víctimas de las torturas que los llevaron a la muerte.

De repente, al despertar de su sueño, todavía estaba parado enfrente de la ventanilla viendo hacia la ciudad. Sus manos temblaban, sudaba y lágrimas rodaban en sus mejillas: —Coño, ¿qué diablos me pasa? —dijo. Nunca había sentido frío al abrazar su cuerpo como lo sintió en ese momento. Todas las peores memorias de su vida las estaba reviviendo. Memorias reprimidas que había olvidado para tener una vida feliz con Natalia. Limpió sus lágrimas y decidió irse al baño para lavarse la cara. Pasó por la sala hasta entró en el pasillo que lo llevaba a su dormitorio y después al baño. Cuando se acercó a su dormitorio, dio un vistazo y encontró a Natalia cobijada y dormida: la amaba. Se volvió a dormir después que Rodrigo la despertó con sus gritos. Rodrigo se apoyó a la entrada de la puerta y se quedó observando a su bella durmiente. Por un momento se le olvidó el pasado y sintió el calor que ella le daba para seguir el camino de su vida.

Natalia y Rodrigo tuvieron el mismo sentimiento cuando se conocieron: se odiaron. Diez años después de los asesinatos de su familia y de Ernesto, Rodrigo, por una razón inexplicable, decidió regresar a la vencida Arnaru, donde vivió sus primeras aventuras con Ernesto en la capital. Mientras caminaba por la calle se puso a pensar “ ¿Yivftá todavía allí la familia flores? La doña podía cocinar como una diosa”. Estaba un poco ansioso por ver cómo todo había cambiado. Diez años desde que vivió allí, seis años desde que entró como héroe. Con una sonrisa se acordó cuando regresó a la capital montado en un tanque mientras los ciudadanos le tiraban rosas y besos. Los rebeldes lograron entrar como los vencedores de la dictadura y los liberadores del pueblo. Llegó a su fin la represión y el aire se llenaba de optimismo por lo que venía.

Cuando al fin llegó a la vecindad Amaru vio que nada había cambiado desde los años de la dictadura, sólo eran otras personas que habitaban los hogares. Las calles cubiertas con basura, con cerdos buscando qué comer. Pero ahora había carteles del Che, Fidel y Lenin en todos los muros. Otra cosa que no había cambiado eran las manifestaciones en la entrada de la universidad. Desde la calle Bolívar, Rodrigo vio lo que ocurría y le dio curiosidad saber por qué protestaba el grupo estudiantil de alrededor de cincuenta personas. Sus letreros pedían una reforma gubernamental. Se acercó, esperando ver lo mismo que ocurrió en los tiempos de Ernesto, la mayoría hombres y pocas mujeres, y así fue. Pero quedó asombrado cuando presentaron al cabecilla del grupo. Una joven rubia de unos veintitrés años con ojos verdes. La mujer más bella que él había visto en su vida. Quedó asombrado con su fülleza y su fortaleza.

—Compañeros, aquí estamos para exigir un fin a la censura. Todos los medios de comunicación son controlados por el gobierno. Cualquiera que hace una crítica en contra del estado paternal es encarcelado o desaparecido. Que no sean cobardes, que den lacara al pueblo que merece ser aliviado de su sufrimiento—. Captó al grupo de una manera impresionante.

Rodrigo tuvo la oportunidad de conocerla después de la concentración, pero tal vez por su inseguridad u

orgullo machista el primer encuentro se convirtió en una confrontación.

—¿Piensas que puedes cambiar el país? —le dijo Rodrigo con un nerviosismo que ni él mismo podía creer.

—Sí, ¿por qué no? —le respondió Natalia sin temor alguno.

—A los del gobierno no les importa qué nos pasó a nosotros, sólo les importa mantener el poder. No pierdas tu tiempo—. Rodrigo empezaba a sentirse abrumado.

—Eres un conformista —dijo ella. La mujer le hacía frente sin miedo.

—Niña, no soy un ingenuo.

Natalia estaba cansada de personas que se prestaban a ser títeres.

—Yo prefiero vivir luchando por algo mejor que satisfacerme con nada y vivir como una víctima — respondió Natalia y de mala gana se fue de la presencia de Rodrigo.

Rodrigo también se fue con coraje pero nunca dejó de pensar en Natalia ni ella en él. Era una mujer que Rodrigo nunca se imaginó que pudiera existir. Por casualidad se encontraron en un café semanas después. Rodrigo se acercó para disculparse y la invitó a una taza de café; él quedó sorprendido cuando Natalia aceptó. Rodrigo se enamoró de sus ojos verdes y su sonrisa tierna que le quitaba la amargura de su corazón cuando la veía. Por primera vez en mucho tiempo tenía una razón para vivir. Natalia vio en él lo que nadie más podía ver. Ella era una mujer apasionada y dispuesta a hacer todo lo posible por lo que creía. Pasaron tanto tiempo juntos que se enamoraron. Rodrigo al fin había encontrado la felicidad que buscaba y lo había llevado a este punto de su vida.

—Bueno, me lavo la cara y me vuelvo a acostar—. Rodrigo se metió al baño y llenó la fregadera con agua tibia para lavarse la cara. Se inclinó hacia el espejo para ver su reflejo. Sus ojos estaban ensangrentados por el desvelo, tenía cara de cansancio. Agachó su cabeza y tomó dos pocitas de agua con cada mano y se las echó en la cara. Tomó un profundo suspiro y sintió cómo sus nervios se calmaban por un instante cuando de pronto escuchó tres golpes fuertes en la puerta del departamento. Rodrigo brincó del espanto y volteó hacia la puerta. Natalia se levantó de la cama asombrada buscando a Rodrigo.

—Rodrigo, ¿dónde estás? —dijo Natalia.

—¡Aquí, en el baño! —respondió Rodrigo.

Los dos salieron para encontrarse en el pasillo.

—¡Es la Policía Nacional, abran la puerta!

—¿Qué quieren? —preguntó Rodrigo mientras entraba al dormitorio para agarrar su revólver. Tenía a Natalia de la mano.

—¡Abran la puerta! Tenemos una orden de arresto para Natalia Carpio—. Los policías patearon la puerta y entraron con apuro. Rodrigo no encontraba su revólver en el gabinetillo de la cama. Los policías agaffaron a Natalia y la jalaban hacia la puerta. Ella estaba agarrada de la mano de Rodrigo. Con la fuerza del jalón, Natalia volteó a ver a Rodrigo, quien recibió un bastonazo en la cabeza y perdió la conciencia. Sin embargo, todavía podía escuchar los gritos lejanos de Natalia pidiéndole ayuda.

Lo despertó la bulla del tráfico en la calle principal. Era la madrugada y había quedado boca arriba viendo el techo del dormitorio. Levantó la cabeza y vio todo destrozado en la recámara; al fondo, la puerta del departamento había quedado abierta. ¡A costó su cabeza de nueva cuenta, incrédulo de lo que había ocurrido.

...Otra vez, Rodrigo quedó solo. ☼